

EL ALBA

Vol. 29 No. 3

Mayo – Junio 2014

Publicada en Alemán, Español, Francés,
Griego, Inglés, Italiano, Polonés, Portugués,
Rumano y Ucraniano.

CONTENIDO DE ESTE NÚMERO

Publicada bimestralmente por Dawn
Bible Students Association
División en español
199 Railroad Avenue
East Rutherford, NJ 07073 U.S.A

www.dawnbible.com

Todos los derechos reservados.

Sírvase notificarnos inmediatamente
su cambio de domicilio. Incluya la
etiqueta de envío de su revista, e
envíela juntamente con su nueva
dirección.

Precio anual: US \$5.00 (6 números)

ALEMANIA: Tagensbruck Bibelstudien-
Vereinigung, Alzeyer Str. 8 (Postfach 252), D
67253 Freinsheim

ARGENTINA: El Alba, Calle Almirante
Brown 684, Monte Grande, Buenos Aires
estudiantesdelabibliargentina@gmail.com

AUSTRALIA: Berean Bible Institute, P.O.
Box 402, Rossana, Victoria, 3084

BRASIL: Aurora, Caixa Postal 77204, Nova
Iguaçu, Rio de Janeiro, CEP 26210-970
E-mail: [estudantesdabiblia_aurorabrasil@
hotmail.com](mailto:estudantesdabiblia_aurorabrasil@hotmail.com)

CANADÁ: P.O. Box 1565, Vernon, British
Columbia, V1T 8C2.

COLOMBIA: A.A. 7804, Medellín, Antioquia

ESPAÑA/ITALIA: El Alba, Via Ferrara 42,
59100 Prato - Italia

FRANCIA: L'Aurore
45, Avenue de Gouvieux, 60260, Lamorlaye

GRECIA: He Haravgi (The Dawn) 199
Railroad Ave., East Rutherford NJ 07073 USA

INDIA: The Dawn, Blessington,
#34, Serpentine St., Richmond Town,
Bangalore 560025

ISLAS BRITÁNICAS: Associated Bible
Students, 102 Broad Street, Chesham Bucks
HP5 3EB

EVENTOS SOBRESALIENTES DEL ALBA

Cuando Jesús Ascendió 2

ESTUDIOS INTERNACIONALES DE LA BIBLIA

Jesús Resiste la Tentación 18

La Misión de Jesús
en la Tierra 20

La Enseñanza de Jesús
Acerca de la Ley 23

El Mayor Mandamiento 26

Obedezca al Señor 29

Tenga Confianza en las
Promesas de Dios 32

Mantenga una Vida Pura 35

Esperanza de un Día Nuevo 38

Un Llamado a la Unidad 41

VIDA Y DOCTRINA CRISTIANA

La Organización de la Nueva
Creación - Parte V 45

**The Dawn – Spanish Edition
Vol. 29 No. 3 – Mayo/Junio 2014**

A menos que se indique lo contrario la traducción de la
Biblia usada en esta revista es la versión Reina-Valera
edición de 1960.

Printed in USA

Cuando Jesús Ascendió

“No me toques; porque aún no he subido a mi Padre; pero ve a mis hermanos, y diles: subo a mi Padre, y a su padre, y a mi Dios y tu Dios.”

—Juan 20:17

EN TODO EL MUNDO, muchos cristianos sinceros conmemoraron la muerte de Jesús en la noche del 13 de abril por el hecho de participar del “pan” y de la “copa”, como pidió a sus apóstoles que hicieran mientras estaban con él en el “aposento” la noche antes de que fuera crucificado (Marcos 14:15; Mat. 26:26-29). La fecha de la celebración anual de la muerte de nuestro Señor Jesucristo está de acuerdo con el calendario lunar judío, y ocurrió en el día catorce del mes de Nisán, el mismo día que el típico cordero de la Pascua judía fue degollado. Jesús cumplió esa figura, convirtiéndose en “Cristo, nuestra Pascua”, el “cordero de Dios, que quita el pecado del mundo.” —1 Cor. 5:7; Juan 1:29

Utilizando el mismo calendario lunar, la mañana del 16 de abril de este año correspondió a la hora de la resurrección de nuestro Señor de los muertos, que las Escrituras declaran que aconteció

en el “tercer día” (Mat. 16:21; 17:23; 20:19). Cuarenta días después de su resurrección, Jesús ascendió al Padre, que correspondió este año al 26 de mayo (Hechos 1:3). Diez días después, el día de Pentecostés, el Espíritu Santo descendió sobre los discípulos en Jerusalén, siendo la fecha equivalente este año el 5 junio (Lev. 23:4-16; Hechos 2:1). Así pues, el mes de mayo corresponde aproximadamente al período que sigue la resurrección de Jesús de entre los muertos, durante el cual apareció en varias ocasiones a sus discípulos y luego ascendió al Padre —el mes terminando pocos días antes del día de Pentecostés.

Independientemente de los cálculos del calendario lunar para los acontecimientos mencionados arriba, la muerte, la resurrección y la ascensión de Jesús, junto con el posterior derramamiento del Espíritu Santo el día de Pentecostés, son de vital importancia en el desenvolvimiento del plan de salvación de Dios. Cada año, en esta temporada, mientras nuestros corazones y nuestras mentes reflexionan un poco más particularmente en ellos, somos bendecidos recordando diversos textos valiosos de las Escrituras relativos a estos acontecimientos y meditando las importantes lecciones de verdad que transmiten. Recordamos que la significativa profecía de la resurrección de Jesús, registrada en el Salmo 16:10, en la que expresa su confianza en que su propia alma no se quedará en el infierno—esto

es, su ser no sería dejado en el estado de muerte en la tumba.

Durante el período de su ministerio terrenal, Jesús no había hecho ninguna pretensión de una capacidad de resucitarse de los muertos, pero tenía confianza en que, si permanecía fiel, el Padre celestial no le dejaría en la muerte. Así, en sus últimas palabras en la cruz, dijo a su Padre celestial: “En tus manos encomiendo mi espíritu”—mi vida, mi existencia. (Lucas 23:46). El Apóstol Pedro, hablando en el día de Pentecostés, dijo: “A este Jesús resucitó Dios.” —Hechos 2:32.

El Apóstol Pablo también se refiere a la poderosa fuerza de Dios que se ejerció para levantar a Jesús de los muertos, y para exaltarlo a su diestra. Él informó a los hermanos de Éfeso que estaba orando para que los ojos de su entendimiento pudieran ser iluminados para conocer la esperanza de su vocación y la “superior grandeza” del poder divino que se ejerció en la resurrección de Jesús. Esta misma fuerza, dice, está también disponible para “nosotros los que creemos” (Ef. 1:17-22). Es a causa de que los ojos de nuestro entendimiento son iluminados que somos capaces de ver las cosas “que no se ven”, las cosas que son eternas en el cielo. — 2 Corintios 4:17-18.

En nuestras meditaciones sobre este tema pensemos también en la amonestación de Pablo en Colosenses 3:1-3, en donde dice que si somos “resucitados con Cristo” deberíamos “buscar las

cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios.” Saber que Cristo fue tan altamente exaltado y asegurarnos de que podemos alcanzar la gloria celestial con él, es sin duda bendito de contemplar.

Pablo nos da otra razón que debería llenarnos de alegría: saber que Jesús ha sido altamente exaltado a la diestra de Dios. Tiene que ver con nuestras imperfecciones y la posibilidad de que tal vez nos sintamos desalentados por él. Dice: “¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió; más aún, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros” (Rom. 8:34). De nuevo, en la epístola a los Hebreos 7:25, Pablo escribe que “Jesús vive siempre para hacer intercesión.”

Los discípulos estaban felices de tener la certeza de que Jesús había resucitado de entre los muertos. Sin embargo, no fue hasta después de Pentecostés que entendieron esta preciosa verdad con respecto a su aparición en la presencia de Dios por ellos y por todos los que siguen fielmente sus pasos—el “rebaño pequeño” para los cuales al Padre le plugo darles el reino. —Lucas 12:32.

ESPERANZA TERRENAL

El maravilloso vínculo de amistad con Jesús desarrollado por su pequeño grupo de seguidores (incluyendo a las mujeres fieles) fue principalmente en una base humana. Ellos aún no entendían las

cosas espirituales. Creían firmemente que era el Mesías prometido y que establecería el largamente prometido reino mesiánico. En sus numerosos milagros vieron las bendiciones terrenales que daría a todos a través de los organismos de ese reino.

Poco antes de la muerte de Jesús, cuando Marta se reunió con él al volver a Betania después de que su hermano Lázaro hubiera muerto, le dijo: “Si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto. Mas también sé ahora que todo lo que pidas a Dios, Dios te lo dará” (Juan 11:21, 22). Entonces Jesús le respondió, diciendo: “Tu hermano resucitará”, a lo que Marta respondió: “Yo sé que resucitará en la resurrección, en el día postrero.” y, a continuación, “Jesús le dijo: Yo soy la resurrección y la vida... ¿Crees esto?” —vss. 23-26.

De hecho, Marta creyó, al igual que María y todos los discípulos. Sobre la base de los milagros que habían visto a Jesús realizar, y a causa de sus maravillosas enseñanzas y las palabras de gracia que habló, creyeron que era el Mesías. Cómo debieron haberse emocionado con la idea de ser discípulos de aquel a quien era inherente semejante poder que incluso un toque de su vestido curaba a los enfermos.

Amaban a su Maestro, tan cariñosamente. Cuando les fue arrebatado y se le crucificó, su dolor fue más profundo y amargo, y sus esperanzas, que se habían centrado en él, se frustraron. No es de extrañar, entonces, que al descubrir María

Magdalena la tumba vacía, e informó a Pedro y a Juan de habían robado su cuerpo, se apresuraron a verlo por sí mismos. No es de extrañar que también María, abatida en el espíritu por la decepción de no ver el cuerpo de su Señor, y, entonces, dándose cuenta de repente de que Jesús estaba de pie ante ella, exclamara: “Rabboni, es decir, Maestro”, tratando, al parecer, de abrazarlo. —Juan 20:16

Debió haberle parecido más que extraño que Jesús le dijera: “No me toques; puesto que aún no he subido a mi Padre” (vs. 17). La palabra griega traducida aquí “toques” es la que se utiliza en cada una de las instancias en las cuales se hace referencia a personas que “tocaron” a Jesús o a su ropa con el fin de ser sanado. También es la misma palabra que se utiliza en los casos en que Jesús “tocó” a diferentes individuos en relación con los milagros de curación.

El Profesor Strong define la palabra griega como “apegarse”, y de la mayoría de sus usos en el Nuevo Testamento parece indicar claramente que es un apego esencial que resulta en bendiciones de curación. En su asociación con Jesús, los discípulos, entre ellos María, fueron testigos de la milagrosa consecuencia de su toque. También vieron que cuando otros extendían la mano y le tocaban con la fe, creyendo que serían sanados, su “virtud [poder]” salía hacia ellos y recuperaban su salud. Durante días el dolor por la muerte de su amado Maestro destrozó a María Magdalena. Ahora, al darse cuenta

de repente de que ya no estaba muerto, sino vivo, y estando a su lado, ella extendió la mano en un intento de apegarse a él para que nunca pudiera volver a verse privada de las bendiciones que sentía que solo él podía darle. Se trataba de un proceso natural, pero era una bendición que ella buscaba.

María fue incapaz en ese momento de comprender el motivo que Jesús le dio para no querer que ella le tocara: “Aún no he subido a mi Padre”. El Señor resucitado encargó a María, sin embargo, ir a sus hermanos “y diles: subo a mi Padre, y a mi Padre, y a mi Dios y tu Dios”. María no había estado en el aposento la noche antes de que Jesús fuera crucificado. A menos que algunos de los que estuvieron allí le dijera que Jesús había hablado de ir a su padre, no sería capaz de sacar ningún significado de esa declaración, especialmente como una razón para no tocarlo y recibir parte de una gran bendición.

En el aposento Jesús había dicho a sus discípulos que iba a su Padre y que entonces enviaría al Consolador, al Espíritu Santo: el Espíritu de la verdad que “procede” del Padre (Juan 14:26; 15:26; 16:7). Cuando María les llevó el mensaje de Jesús diciendo que aún no había ascendido a su padre, probablemente recordaran su promesa. Sin embargo, todavía no comprendían su significado, ni les fue posible hacerlo hasta después de que se cumpliera la promesa, y hubieran recibido en

realidad al Espíritu Santo para iluminarlos y reconfortarlos.

DE LO TERRENAL A LO ESPIRITUAL

Desde este lado del Pentecostés, sobre todo en este final de la edad cuando nuestro retornado Señor haya servido la familia de la fe con “alimento a su debido tiempo”, podemos ver claramente lo que Jesús quiso decir en ese comunicado a María, “No me toques, puesto que aún no he subido a mi Padre”. Es una forma de decir que su relación con ella, y con todos sus discípulos, iba a basarse ahora sobre un cimiento enteramente diferente. Ya no iba a pensar en él en términos de amistad humana, ni tampoco simplemente como alguien que podía curar enfermedades y dolencias físicas. Él le estaba diciendo, en efecto, que, desde ese momento en adelante, que las bendiciones que fluirían de él a sus seguidores les llegarían a través del Espíritu Santo, y no se les podría enviar el Espíritu Santo hasta que hubiera ascendido a su Padre.

María y los discípulos iban a aprender que su relación con Jesús ya no se sostenía sobre una base humana. Mientras se les apareció milagrosamente algunas veces después de su resurrección, cuando ascendió a su padre y al de ellos su relación sería a través de la fe, y a través de la luz y el consuelo del Espíritu Santo. Incluso antes de que Jesús ascendiera a su padre, su limitada asociación con sus discípulos durante los cuarenta

días que transcurrieron entre la resurrección y la ascensión se diseñó para ayudarles a darse cuenta de que se había operado un gran cambio, y que ya no podían estar con él y disfrutar de su compañía de la misma forma a como lo hicieran antes de ser crucificado. Mientras él estaba, sin duda, personalmente con ellos, aunque invisible de la mayoría del tiempo durante esos cuarenta días, lo vieron sólo unas pocas veces, y cada vez que aparecía su aspecto era tan diferente de los anteriores que no lo reconocían ni pudieron familiarizarse con él.

Al mismo tiempo, el hecho de que él pudiera aparecer y desaparecer a voluntad, incluso cuando estaban con las puertas cerradas, les ayudaría a comprender que ya no se encontraba obstaculizado por grilletes de carne. Esto, junto con el anuncio de que “toda potestad” se le había dado “en el cielo y en la tierra” (Mat. 28:18) le ayudaría a prepararlos para lo que el Espíritu Santo les revelara plenamente después; a saber, que si bien había sido condenado a muerte en la carne, se le había vivificado en el Espíritu. Como afirma Pablo: él había sido hecho “espíritu vivificante.” —1 Cor. 15:45.

Quizás entonces los discípulos comenzaran a darse cuenta de que, al menos vagamente, el significado de lo que el Maestro le había dicho a Nicodemo, cuando le explicó que aquellos “nacidos del Espíritu” pueden ir y venir como el viento—

invisiblemente—y ejercer un gran poder (Juan 3:8). Cuando estaba con ellos en la carne, en ocasiones llegó a estar físicamente cansado, y les diría, como en una ocasión: “Venid vosotros aparte... y descansar un poco” (Marcos 6:31). Colgando y sufriendo en la cruz dijo, “Tengo sed” (Juan 19:28). Ahora, sin embargo, a pesar de que vieron muy poco de él, no hubo nada en su conducta para indicar que de alguna forma estuviera sujeto a las limitaciones humanas o al goce de cualquier sufrimiento físico o cansancio.

ASCENDIÓ “FUERA DE SU VISTA”

La última visita de Jesús a sus discípulos después de la resurrección fue más impresionante al respecto. Después de decirles que recibirían poder a través del Espíritu Santo, les encargó ser sus testigos “en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra. Y habiendo dicho estas cosas, viéndolo ellos, fue alzado, y le recibió una nube que le ocultó de sus ojos” (Hechos 1:8, 9). Esto, sabían, estaba más allá de la capacidad de un simple humano.

No es de extrañar que los discípulos pusieran “los ojos en el cielo entre tanto que él se iba” (vs. 10). Qué culminación dramática era esta a la serie de experiencias a través de las cuales habían pasado durante las seis semanas desde que su Maestro fue detenido y condenado a muerte. Los dos ángeles que aparecieron después de que Jesús

les dejara preguntaron: “Varones galileos, ¿por qué estáis mirando al cielo?” (vs. 11). Los ángeles no esperaron respuesta puesto que sabían que estos “varones galileos” en este momento estaban embargados por sus emociones, tan sorprendidos y tan incapaces de comprender el significado de los eventos a los que este fue un sorprendente clímax, que probablemente no serían capaces de responder.

A continuación los ángeles explicaron que “este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo” (vs. 11). Es el “mismo Jesús” que habían visto ir al cielo que vuelve. En realidad era la misma personalidad de amor y de comprensión con la que se habían asociado durante todo su ministerio terrenal. Sin embargo, ya no era más un ser humano cuyo “toque” literal sanó a los enfermos o cuya “virtud” salía a curar a los que tocaran el borde de su manto.

Jesús, con el que habían estado tan bien familiarizados y de cuya compañía habían disfrutado, era “Jesucristo hombre” (1 Tim. 2:5). Era el hombre Jesús que dijo que iba a dar su carne para la vida del mundo (Juan 6:51). El que a su regreso sería el altamente ensalzado Jesús, quien desde su resurrección parecía tan diferente. De hecho, era diferente, puesto que ahora había “nacido del Espíritu”, habiéndolo hecho dador de vida, ser espiritual por el potente poder de Dios. El Jesús resucitado podía entrar en una habitación con las

puertas cerradas y bajo llave, y aparecer y desaparecer a voluntad. Podía estar con sus discípulos durante cuarenta días sin ser visto excepto cuando se les aparecía. Era él quien fue elevado milagrosamente a los cielos y desapareció de su vista tras una nube. Es este Jesús quien va a regresar, y de la misma manera en que se hubo ido. Esto es, no sería visto por el mundo, excepto por unos pocos de sus amigos más cercanos, sus hermanos, que son conscientes de ello.

Desde “el monte llamado Olivete”, en donde Jesús se apareció a sus discípulos por última vez, volvieron a Jerusalén—a la distancia de lo que se debía andar un día sábado—y residieron en el aposento donde “perseveraban unánimes en oración y ruego, con las mujeres, y con María la madre de Jesús, y con sus hermanos” (Hechos 1:12-14). No fue necesario esperar mucho, puesto que diez días después se cumplió la promesa del Maestro de enviar el Consolador, el Espíritu Santo. Fue bajo su influencia iluminadora que fueron ya capaces de colocar sus experiencias bajo un patrón comprensible e inspirador. Fue bajo esa luz y el poder del Espíritu Santo que Pedro fue capaz de predicar su conmovedor sermón en el que señaló el cumplimiento de la profecía acerca de la muerte y la resurrección de Jesús, un sermón tan potente que “tres mil almas fueron compungidas de corazón.” —Hechos 2:37, 41.

No debemos pensar en la poderosa manifestación del Espíritu Santo ocurrida en Pentecostés como el cabal cumplimiento de la promesa de Jesús de enviar el “Consolador”. En realidad, era sólo el comienzo. Ni iban a limitarse las bendiciones del Espíritu Santo a unos pocos, especialmente a los apóstoles elegidos. En el “aposento” donde los hermanos habían esperado en oración, con las mujeres y con María la madre de Jesús, estaban presentes un total de ciento veinte. — Hechos 1:15.

Entre los presentes se encontraba sin duda María Magdalena, a quien Jesús había dicho: “No me toques; puesto que aún no he subido a mi Padre”. Como resultado de la ascensión y la aparición en el cielo para la iglesia vino sobre ellos el Espíritu Santo. María entendería entonces cuán valiosas y duraderas eran las bendiciones que iban a derramarse sobre ella, y sobre todos sus hermanos, que fueron posibles mientras estaba en la carne.

Ahora, en vez de apegarse a su ser físico con la esperanza de obtener virtud y fuerza, María sabía que podía ir al trono de gracia celestial, para alcanzar misericordia y hallar gracia para ayudarle en cada momento de necesidad. Comenzando en Pentecostés, los discípulos iluminados por el Espíritu entendían que cuando Jesús regresó a su Padre se hicieron posibles dos grandes bendiciones para ellos. Apareció en la presencia de Dios para “interceder” por nosotros y el Espíritu Santo “se

derramó” para iluminar y consolar a sus fieles seguidores. María ahora entendería esto y se regocijaría en su fraternidad espiritual con el Padre y el Hijo, que de ese modo fue posible.

Antes de su crucifixión Jesús dijo a sus discípulos, “El Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas y os recordará todo lo que yo os he dicho. La paz os dejo, mi paz os doy: yo no os la doy como el mundo la da. No se turbe vuestro corazón ni tenga miedo.” —Juan 14:25-27

Comenzando en Pentecostés, los discípulos experimentaron el cumplimiento de esta promesa. Desconcertados y desanimados cuando su Maestro fue crucificado, ahora, a través del ministerio del Espíritu Santo, como consolador enviado por Dios, ellos tenían paz. Era una paz que pasó al entendimiento humano, nacido de la confianza en la sabiduría del Padre y del amor por dirigirles y cuidarles. Ya conocían lo que le había dicho a Marta: “Yo soy la resurrección y la vida”, se me ha dado “toda potestad... en el cielo y en la tierra” y que, habiendo aparecido en la presencia de Dios por sus hermanos, se les había hecho asequible el poder del Espíritu Santo.

A diario experimentaban, y se manifestaba en sus vidas, el poder del Espíritu. Abrió los ojos de su entendimiento para contemplar la gloria de Dios que se reveló a través de su plan de amor para la redención y la salvación de la humanidad. El poder

del Espíritu Santo, trayendo a la memoria las maravillosas palabras de vida que Jesús les ministró antes de que fuera crucificado, les recordó su promesa de que aquellos que abandonaran todo y le siguieran a la muerte tendrían un “tesoro en los cielos” (Mat. 19:21). Ahora que ya conocían lo que era el “tesoro”.

En efecto, los apóstoles conocían y enseñaban que podemos esperar vivir y reinar con él, a condición de morir sacrificadamente con Jesús, que seremos hechos como él y lo veremos tal como es. También se dieron cuenta, sin embargo, que no se alcanzaría esta gloriosa recompensa celestial hasta que regresara el Maestro, así prometió que volvería “otra vez” y les recibiría a ellos y a todo su pueblo para él, esta era la base de la más bendita esperanza.

Por otra parte, los apóstoles claramente entendían y enseñaban a los hermanos que la esperanza de vida inmortal dependía de la resurrección de los muertos. Sabían que toda la humanidad está perdida en la muerte a menos que haya una resurrección. Comprendieron que Jesús, por su propia muerte, ha hecho posible la resurrección de la iglesia y del mundo, y que su resurrección por el Padre garantiza que, a través de él, todos tengamos vida.

Por el poder del Espíritu Santo y del ministerio de los apóstoles iluminados, estas verdades llegaron a entenderse claramente en la

Iglesia primitiva. Hoy inundan nuestras mentes e inspiran nuestros corazones, así una vez más, de manera especial, recordamos que lo que dijo que él era la “resurrección y la vida” no podía llevarse a cabo en la tumba porque el Padre Celestial utilizó su gran poder para romper las bandas de la muerte. Cómo nos alegramos en la seguridad de que el que fue vivificado en el Espíritu y apareció en la presencia de Dios por nosotros, ahora ha vuelto, y pronto, si permanecemos fieles, estaremos con él en gloria y lo veremos tal como es.



Jesús Resiste la Tentación

*Versículo Clave: "El respondió y dijo: Escrito está: No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios."
— Mateo 4:4*

*Escritura Seleccionadas:
Deuteronomio 6:1-16;
Mateo 4:4-11*

DESPUÉS DE SU bautismo, Jesús fue al desierto, para una temporada de soledad con el fin de determinar la voluntad del Padre antes de comenzar su ministerio público. También ayunó cuarenta días, mientras contemplaba

el significado de diversas profecías, las cuales previeron el sufrimiento y la muerte de él. Por otra parte, pasó tiempo sentando las bases para la obra de los apóstoles y los otros discípulos de proclamar el venidero reino de Dios. Nuestro Señor estaba tan absorto en el estudio y la comunión con Dios que no comió durante toda la duración de su experiencia en el desierto. Observando su vitalidad disminuida, el diablo trató de convencer a Jesús de usar sus poderes espirituales para calmar su hambre. —Mat. 4:1

Como se observe en el versículo clave, el Maestro rechazó de inmediato la sugerencia del

adversario de convertir milagrosamente las piedras en alimento para su consumo personal. Él citó del Antiguo Testamento, donde se afirma que la obediencia a la palabra de Dios es de suma importancia, y por lo tanto, no podría utilizar su poder de una manera que sería contrario a su pacto de sacrificio.

“Entonces el diablo le llevó a la santa ciudad, y le puso sobre el pináculo del templo, y le dijo: Si eres Hijo de Dios, échate abajo; porque escrito está: A sus ángeles mandará acerca de ti, en sus manos te sostendrán, para que no tropieces con tu pie en piedra.” —vss. 5, 6

Una vez más, nuestro Señor descartó inmediata y apropiadamente el desafío de Satanás de violar las leyes de la naturaleza y buscar protección divina. El hacerlo sería tentar al Padre, haciendo mal uso de las Escrituras. —Deut. 6:16; Mat. 4:7

En un esfuerzo final de engañarlo, el diablo sugirió que si el Maestro reconociera su supremacía, no le sería necesario dar su vida en sacrificio para redimir a la familia humana. “Entonces Jesús le dijo: Vete, Satanás, porque escrito está: Al Señor tu Dios adorarás, y a él sólo servirás. El diablo entonces le dejó; y he aquí vinieron ángeles y le servían.” —vss. 10, 11

Como seguidores consagrados de Cristo, hay una lección importante que podemos sacar de este relato al reflexionar sobre cómo nuestro Señor se

comportó durante sus pruebas en el desierto. Satanás siempre ha tratado de lograr sus propios objetivos por rebelarse contra la autoridad divina. (Isa. 14:12-14) Aunque él fracasó en sus intentos de convencer a nuestro Señor de rendirle homenaje, ha procurado obstaculizar el complemento del cuerpo de Cristo por medio de varias tentaciones, que si se actuara en consecuencia, tenderían a la auto-gratificación carnal e impedir nuestro progreso en el camino estrecho.

Que redoblemos nuestros esfuerzos en someternos a la voluntad de Dios como se revela en las Escrituras, siempre teniendo en cuenta la siguiente advertencia: “Porque cualquiera que se enaltece, será humillado; y el que se humilla, será enaltecido.” —Lucas 14:11

Lección Dos

La Misión de Jesús en la Tierra

Versículo clave: “Y comenzó a decirles: Hoy se ha cumplido esta Escritura delante de vosotros.” — Lucas 4:21

Escrituras Seleccionadas: Lucas 4:14-21

DESPUÉS DE SALIR del desierto donde moraba después de su bautismo, Jesús, con la fuerza del Espíritu Santo, comenzó su ministerio público,

enseñando en las sinagogas con respecto al reino de Dios. Más tarde, cuando llegó a Nazaret, donde se había criado, también entró en una sinagoga en el Sábado y leyó una porción de las Escrituras en el libro del profeta Isaías (Lucas 4:14-17)

“El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres; me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón; a pregonar libertad a los cautivos, y vista a los ciegos; a poner en libertad a los oprimidos; a predicar el año agradable del Señor.” —vss. 18,19

Después de que Jesús leyó estas palabras de Isaías, el relato dice que cerró el libro y se sentó, con los ojos de todos reunidos allí fijados en él. (vs. 20) Nuestro versículo clave entonces declara que el Maestro afirmó que el pasaje que acabó de leer se cumplió en ese mismo tiempo y a los oídos de todas las personas en la audiencia.

La reacción inicial a las palabras del Señor era la de admiración, a medida que sus oyentes reconocieron que sus expresiones estaban llenas de gracia. (vs. 22) Sin embargo, a medida que seguía hablando, sus palabras reprendieron la injusticia de ellos, y la actitud anterior de alabanza hacia él se convirtió en ira, porque no realizaría ningún milagro “en su propia tierra.” (vss. 23, 24) Luego procuraron despeñarle de la cumbre de un monte, pero pasó por en medio de ellos ileso antes de partir a otro lugar. —vss. 28-30

Al fin de su ministerio, Jesús había sido consumido totalmente en hacer la voluntad de Dios. Aunque fue rechazado por los escribas, los fariseos y los saduceos, el Maestro fue bien recibido por la gente común, quienes lo escuchaban con gusto. Curó a los enfermos, expulsó a los demonios, y alimentó a las multitudes—en una ocasión, cinco mil y en otra instancia cuatro mil. Sin embargo, a pesar de todo este testimonio maravilloso, él sabía que la hora de su partida terrenal estaba cerca. Nuestro Señor comenzó a dar algunas verdades que eran muy poderosas, y que indicaban que estaba buscando sólo aquellos que deseaban seguirle a cualquier costo, con la posibilidad de estar asociados con él en el reino de su Padre. —Juan 6:56-68

Como creyentes, nosotros también tenemos la misión de promover el mensaje del reino. (Mat. 24:14) Que cumplamos nuestra comisión a medida que damos testimonio al plan de Dios, con la esperanza de ser utilizados como instrumentos para encontrar al resto de los miembros del cuerpo de Cristo. El siguiente testimonio profético bien podría utilizarse como una guía para nuestras acciones en este tiempo: “Y dijo: Anda, y di a este pueblo: Oíd bien, y no entendáis; ved por cierto, mas no comprendáis. Engruesa el corazón de este pueblo, y agrava sus oídos, y ciega sus ojos, para que no vea con sus ojos, ni oiga con sus oídos, ni su corazón entienda, ni se convierta, y haya para él sanidad. Y

yo dije: ¿Hasta cuándo, Señor? Y respondió él: Hasta que las ciudades estén assoladas y sin morador, y no haya hombre en las casas, y la tierra esté hecha un desierto.” (Isa. 6:9-11) ¡Que bendito privilegio es lo nuestro!

Lección Tres

La Enseñanza de Jesús Acerca de la Ley

Versículo clave: “Este pueblo de labios me honra; mas su corazón está lejos de mí. Pues en vano me honran, enseñando como doctrinas, mandamientos de hombres.”
—Mateo 15:8, 9

Escrituras Seleccionadas:
Mateo 15:1-11, 15-20

LOS ESCRIBAS y los fariseos vinieron como una delegación desde Jerusalén para investigar la enseñanza y las obras de Jesús. Confiaron en la tradición de los

ancianos para interrogarle acerca de la razón por la cual sus discípulos no seguían el rito de lavarse las manos antes de comer, a pesar de que tal práctica no era parte de las Escrituras.

Al regañar a estos líderes por su hipocresía, Jesús respondió a su pregunta por preguntarles. “Respondiendo él, les dijo: ¿Por qué también

vosotros quebrantáis el mandamiento de Dios por vuestra tradición? Porque Dios mandó diciendo: Honra a tu padre y a tu madre; y: El que maldiga al padre o a la madre, muera irremisiblemente. Pero vosotros decís: Cualquiera que diga a su padre o a su madre: Es mi ofrenda a Dios todo aquello con que pudiera ayudarte, ya no ha de honrar a su padre o a su madre. Así habéis invalidado el mandamiento de Dios por vuestra tradición.” —Mat. 15:3-6

El Señor también citó de Isaías para señalar la superficialidad de sus quejas. (Isa. 29:13) En hacerlo, les recordó que simplemente hablaban de boquilla sobre la palabra de Dios por promover dependencia en las tradiciones de los hombres. Nuestros versículos claves contienen la cita de Jesús del Profeta, y afirman el tenor general de su reprimenda de estos falsos maestros, cuyas doctrinas erróneas anulaban la palabra de Dios.

A lo largo de su ministerio, nuestro Señor tenía muchas ocasiones de criticar con razón a los guías religiosos del pueblo judío, que torcían el significado de las Escrituras para adaptarlas a sus propios fines. Aquí está otro ejemplo: “Oísteis que fue dicho: Amarás a tu prójimo, y aborrecerás a tu enemigo. Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen.” —Mat. 5:43, 44

Las palabras “Oísteis que fue dicho” implican dependencia en la tradición de los

ancianos a la cual los fariseos se apegaban. Ignoraban tanto la letra como el espíritu de la ley en lo que respecta al Maestro, a quien detestaban. La profundidad de su degradación se ilustra bien en el hecho de que después de que Jesús resucitó a Lázaro, conspiraban no sólo en matar a Cristo, sino también a Lázaro ya que mucha gente creía en él. —Juan 11:45-53; 12:9-11

No estamos bajo la esclavitud de leyes específicas como resumidas en los Diez Mandamientos, ni tampoco estamos sujetos de ningún modo a las tradiciones religiosas de los hombres. Más bien, estamos bajo la ley de la libertad. Nuestro amor a Dios se demuestra no sólo en evitar aquellas cosas que las Escrituras prohíben, sino también en sacrificar nuestros derechos y privilegios humanos en el servicio de la verdad a favor del Señor y a favor de los hermanos.

Alcanzando el espíritu de amor en nuestras palabras y hechos es prueba de que hemos sido implantados en Cristo. La influencia transformadora del Espíritu Santo nos permite cumplir la ley de Dios en nuestras vidas. —Mat. 22:36-40; Juan 13:34, 35

El Mayor Mandamiento

Versículo clave: “Y amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente y con todas tus fuerzas. Este es el principal mandamiento.

Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo.

No hay otro mandamiento mayor que éstos.”

— Marcos 12:30, 31

Escrituras

Seleccionadas:

Levítico 19:18;

Deuteronomio 6:4-9;

Marcos 12:28-34

rodeaban. Por lo tanto, se debería haber esperado que con tan tierna atención y supervisión, por gratitud y obediencia, los judíos hubieran sido preparados para aceptar a Jesús como el Mesías. — Marcos 12:1-11

LA LECCIÓN

comienza con la condenación de Jesús de los líderes religiosos judíos mediante el uso de las parábolas. Ellos eran culpables de rechazarle como el Hijo de Dios. El Señor les explicó que era Dios quien estableció la casa de Israel y les dio la ley divina. Él también les había dado el testimonio de varios profetas para mantener la nación separada de todas las influencias paganas que los

Lamentablemente, la misma dureza de corazón que causó la nación de rechazar la ley de Dios y las advertencias de los profetas justos, también daría lugar al rechazo y a la crucifixión de Jesús, que él predijo acertadamente. Era evidente que los líderes judíos entendían el significado de las palabras del Señor. —vs. 12

Jesús también encontraba oposición de parte de los saduceos, que no creían en la resurrección. Hicieron referencia a una disposición en la Ley de Moisés (Deut. 25:5-10) en virtud de la cual si un hombre muriera sin hijos, su hermano debe casarse con la viuda para mantener el nombre de la familia y los bienes. Al plantear un caso hipotético, los saduceos preguntaron a Jesús si una mujer se casara con siete hermanos que murieron uno tras otro, de quién sería ella la esposa en la resurrección. — Marcos 12:18-23

Jesús indicó que Dios no sólo tenía el poder de levantar a los muertos, sino también que el matrimonio en aquel entonces ya no existiría. Además, Jesús recordó a los saduceos que cuando el Padre Celestial apareció a Moisés en la zarza ardiente, él se reveló como el Dios de Abrahán, de Isaac y de Jacob. Si no hubiera esperanza de una resurrección, no se habría dado ninguna afirmación al respecto. Un escriba que había oído la respuesta del Maestro a los saduceos apreció su respuesta y luego preguntó a Jesús acerca de cuál mandamiento era el mayor de todos. —vss. 24-28

En los versículos claves nuestro Señor afirmó que el amor supremo por Dios y el amor por el prójimo resumieron la intención del Decálogo. Este escriba manifestó sinceridad de corazón y estaba de acuerdo con Jesús, que la adoración sincera de Dios con todo el corazón, con toda el alma y con toda la fuerza, al igual que amar al prójimo como a sí mismo, eran las cosas más importantes que cualquier persona podría hacer— más que las ofrendas y los sacrificios ceremoniales de la Ley. Jesús reconoció su actitud correcto de corazón, diciendo, “No estás lejos del reino de Dios.” —vs. 34

Como creyentes consagrados en Cristo, que manifestemos siempre ambos aspectos de la respuesta del Maestro en nuestras vidas en todo lo que hacemos y decimos. “Si alguno dice: Yo amo a Dios, y aborrece a su hermano, es mentiroso. Pues el que no ama a su hermano a quien ha visto, ¿cómo puede amar a Dios a quien no ha visto? Y nosotros tenemos este mandamiento de él: El que ama a Dios, ame también a su hermano.” —1 Juan 4:20, 21

Obedezca al Señor

Versículo clave: **CUANDO DIOS HIZO**
“Entonces vino palabra de un pacto con Israel por
Jehová por medio del la entrega de los Diez
profeta Hageo, diciendo: Mandamientos a Moisés
¿Es para vosotros tiempo, en el Monte Sinaí, él les
para vosotros, de habitar dijo que debían adorar
en vuestras casas sólo a él. Si obedecieran
artesonadas, y esta casa el pacto dado a ellos,
está desierta?” Dios prometió
—Hageo 1:3, 4 bendecirles por encima

Escrituras Seleccionadas: de todas las naciones de
Hageo 1:1-11 la tierra. A estas
instrucciones “todo el
pueblo respondió a una, y dijeron: Todo lo que
Jehová ha dicho, haremos.” —Ex. 19:8

No pasó mucho tiempo, sin embargo, hasta que se rompiera la obediencia prometida por Israel. Cuando Moisés se demoró en bajar del monte porque hablaba con Dios, el pueblo rogó a Aarón de hacerles nuevos dioses. Aarón fue persuadido a construir un becerro de oro, a lo que el pueblo dijo: “Israel, estos son tus dioses, que te sacaron de la tierra de Egipto.” (Ex. 32:1-4) Así comenzó un patrón recurrente de desobediencia por parte de Israel en cumplir con su promesa de rendir culto

sólo al Dios de Abrahán, de Isaac, y de Jacob—el Dios que realizó milagros en liberarlos de su esclavitud en Egipto—el Dios que los escogió de entre todas las naciones de la tierra para ser su pueblo.

Dios dio a Israel una serie de fuertes advertencias que la adoración de otros dioses resultaría en la pérdida de la tierra prometida y la dispersión del pueblo entre las naciones paganas. En el cuarto capítulo de Deuteronomio, Moisés llegó a ser el primero de muchos profetas para advertir a Israel del castigo que resultaría de su fracaso de obedecer los mandamientos de Dios. Fue el profeta Jeremías que más tarde dijo a Israel que, después de tantos casos de desobediencia, Dios les quitaría su reino y les entregaría al cautiverio en Babilonia.

Junto con este castigo, sin embargo, vino una promesa de Dios de que iba a visitarles después de setenta años y efectuar su regreso a Jerusalén. (Jer. 29:10) Como siempre, Dios cumplió su promesa. En primer lugar levantó a Ciro como rey de Persia y le dio todos los reinos de la tierra. Esto estaba de acuerdo con la interpretación por Daniel del sueño del rey Nabucodonosor de que otra persona quitaría el poder de Babilonia. Ciro reconoció la mano de Dios en darle los reinos de la tierra. Cuando fue mandado a construir una casa para Dios en Jerusalén, Ciro obedeció e hizo una proclamación de que los israelitas debieron ser

permitidos a regresar a Jerusalén para realizarlo. —
Ezra 1:1-3

Los israelitas recibieron estas noticias con mucho gusto. Muchos volvieron rápidamente y construyeron los cimientos del templo con cantos y alabanzas para su Dios. (Esdras 3:10-11) Sin embargo, cuando se levantaron los adversarios para obstaculizar el trabajo, el pueblo abandonó rápidamente la construcción del templo para construir viviendas para sí mismos. Una vez más, no lograron mantener la obediencia a las instrucciones de su Dios. Su indiferencia ahora fue la razón principal por no obedecer las instrucciones de Dios para reconstruir el templo. Pasaron muchos años sin más reconstrucción del templo. Fue entonces que el Señor envió al profeta Hageo para pronunciar las palabras de nuestro versículo clave al pueblo.

Qué lección sorprendente que podemos sacar de este mensaje de Hageo. ¿A veces permitimos que nuestro deseo de tesoros terrenales interfiera con nuestra obediencia a la voluntad de Dios? Debemos prestar atención a las palabras de nuestro Maestro: “Haced tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín corrompen, y donde ladrones no minan ni hurtan. Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón.” (Mat. 6:20, 21) Que las deficiencias naturales de Israel nos hagan más fuertes en obedecer diariamente la

palabra del Señor. “Ciertamente el obedecer es mejor que los sacrificios.” —1 Sam. 15:22

Lección Seis

Tenga Confianza en las Promesas de Dios

Versículo clave: “La gloria postrera de esta casa será mayor que la primera, ha dicho Jehová de los ejércitos; y daré paz en este lugar, dice Jehová de los ejércitos.”
— *Hageo 2:9*

Escrituras Seleccionadas:
Hageo 1:12; 2:1-9

COMO SE OBSERVÓ en la lección anterior, Israel seguía un patrón a través de su historia de obedecer y alabar a Dios cuando recibía bendiciones, y luego desobedeció cuando fue dejado a su propia imaginación. La provisión de Dios del

maná en el desierto es sólo un ejemplo en el que su gratitud fue sustituida pronto con quejas para algo mejor. Esa es la naturaleza de la humanidad. La falta de apreciar y confiar en las providencias de Dios fue la razón por la que Israel seguía rompiendo su pacto con Dios, una promesa que todo el pueblo había hecho cuando fueron liberados de su esclavitud en Egipto. —Ex. 19:8

A lo largo de su historia podemos ver el carácter misericordioso de Dios hacia su pueblo escogido. Cuando, finalmente, se les permitió ser tomados en cautiverio en Babilonia, Dios les animó con recordatorios de su amor para con ellos. Él les dijo que no les abandonaría ni les desampararía, tal como había prometido a Moisés y Josué. (Jos. 1:5) Además, aseguró que su cautiverio no sería permanente, sino que terminaría después de setenta años. —Jer. 29:10

Después de haber sido castigados por las palabras de Hageo por no haber obedecido a Dios, el pueblo se conmovió a obedecer las instrucciones de Dios y una vez más reverenciarlo y alabarlo. (Hag. 1:12) Entonces, Dios les aseguró una vez más, declarando, “Yo estoy con vosotros.” Esto despertó al pueblo a la acción, “y vinieron y trabajaron en la casa de Jehová de los ejércitos, su Dios.” —vss. 13,14

El mensaje adicional del profeta se registra en Hageo 2:6-9. Era sin duda desconcertante a los israelitas que lo oyeron. A lo mejor de su conocimiento, el temblor del pasado podría haber hecho referencia a la sacudida de la tierra en el momento de la entrega del Pacto de la Ley en el Monte Sinaí. Sólo podían adivinar lo que pudiera ser la sacudida futura, ya que no tenían ayuda especial para pronosticar los eventos futuros. Lo mismo puede decirse de su incapacidad de comprender el significado de la declaración, “La

gloria postrera de esta casa será mayor que la primera,” mencionado en nuestro versículo clave.

Con la ayuda del Espíritu Santo, somos capaces de comprender lo que Israel no podía reconocer. Nos damos cuenta de que las cosas naturales que sucedieron a Israel natural eran tipos de cosas más grandes que se aplican a la Iglesia en esta Edad Evangélica actual. (1 Cor. 10:11) A través del engendramiento del espíritu, somos capaces de ver que la postrera casa a la que se refirió Hageo es el cuerpo de Cristo. “Vosotros sois el templo del Dios viviente, como Dios dijo: Habitaré y andaré entre ellos; y seré su Dios, y ellos serán mi pueblo.” (2 Cor. 6:16) Entendemos también que esta postrera casa no niega la importancia de la primera. Dios ha prometido que nunca olvidará a Israel ni su papel para que sean una bendición terrenal en el reino venidero.

El Apóstol Pablo recuerda a sus lectores de la importancia de Israel en los planes de Dios: “Digo, pues: ¿Ha desechado Dios a su pueblo? En ninguna manera. Porque también yo soy israelita, de la descendencia de Abraham, de la tribu de Benjamín. No ha desechado Dios a su pueblo, al cual desde antes conoció.” (Rom. 11:1, 2) El salmista también atestigua este punto, diciendo: “Porque no abandonará Jehová a su pueblo, ni desamparará su heredad.” (Sal. 94:14) Somos bendecidos por el entendimiento de que el deseado de todas las naciones vendrá pronto en el reino de

Dios, justo como lo prometió a través de Hageo y el resto de los profetas. Que aprendamos de las experiencias de Israel a confiar implícitamente en las promesas de Dios.

Lección Siete

Mantenga una Vida Pura

*Versículo clave: “¿No está aún la simiente en el granero? Ni la vid, ni la higuera, ni el granado, ni el árbol de olivo ha florecido todavía; mas desde este día os bendeciré.”
—Hageo 2:19*

*Escrituras Seleccionadas:
Hageo 2:10-19*

EL MENSAJE TRANSMITIDO por el profeta Hageo tenía la intención de despertar a Israel de su indiferencia con respecto a su pacto con Dios. Ellos se habían vuelto complacientes hacia su religión. Su energía había llegado a ser consumida por

mantener la comodidad de sus casas, jardines, y otras cosas terrenales, mientras que el templo del Señor estaba desolado y descuidado. Sin embargo, respondiendo positivamente al mensaje de Hageo, demostraron que estaban dispuestos a arrepentirse, algo que pocos de los otros profetas

experimentaron. De hecho, muchos profetas fueron rechazados, e incluso asesinados, al oír noticias desagradables enviadas por Dios. Jesús mismo dio testimonio de ello: “¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas, y apedreas a los que te son enviados!” —Mat. 23:37

La respuesta de Israel a Hageo proporciona una valiosa lección de cómo debemos llevar nuestras vidas. Dios hizo un pacto con Israel en el que les ordenó que le obedecieran. El pacto era claro y simple. Si Israel obedeciera la voz de Jehová, serían bendecidos. Si ellos desobedecieran al Señor serían castigados. (Deut. 28:1-42) Vemos un ejemplo de su desobediencia y castigo durante el tiempo de la profecía de Hageo. —Hag. 1:5-11

Hablando a la iglesia en Roma, el Apóstol Pablo describe cómo Dios demostró su amor por Israel: “Hermanos, ciertamente el anhelo de mi corazón, y mi oración a Dios por Israel, es para salvación. Porque yo les doy testimonio de que tienen celo de Dios, pero no conforme a ciencia. Porque ignorando la justicia de Dios, y procurando establecer la suya propia, no se han sujetado a la justicia de Dios.” —Rom. 10:1-3

Limitados por sus imperfecciones carnales, fue imposible que Israel mantuviera las disposiciones del Pacto de la Ley. Pablo continúa, sin embargo, explicando cómo podríamos cumplir con nuestra relación de pacto a pesar de que nosotros, también, somos imperfectos en la carne.

“Porque el fin de la ley es Cristo, para justicia a todo aquel que cree. Porque de la justicia que es por la ley Moisés escribe así: El hombre que haga estas cosas, vivirá por ellas. Pero la justicia que es por la fe dice así: No digas en tu corazón: ¿Quién subirá al cielo? (esto es, para traer abajo a Cristo); o, ¿quién descenderá al abismo? (esto es, para hacer subir a Cristo de entre los muertos). Mas ¿qué dice? Cerca de ti está la palabra, en tu boca y en tu corazón. Esta es la palabra de fe que predicamos: que si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo. Porque con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiesa para salvación.” —Rom. 10:4-10

Se esperaba que Israel mantuviera una vida pura si iban a recibir las bendiciones prometidas de Dios. Es lo mismo con nosotros. Sin embargo, tenemos el mérito imputado del sacrificio de nuestro Maestro. “Pues para esto fuisteis llamados; porque también Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigáis sus pisadas... para que nosotros, estando muertos a los pecados, vivamos a la justicia; y por cuya herida fuisteis sanados. Porque vosotros erais como ovejas descarriadas, pero ahora habéis vuelto al Pastor y Obispo de vuestras almas.” —1 Ped. 2:21-25

Demos gracias por la confianza dada a Israel a través de la profecía de Hageo, y estemos seguros de que Dios nos bendiga aún más si mantenemos

una vida pura. “Se fiel hasta la muerte y yo te daré la corona de la vida.” —Apoc. 2:10

Lección Ocho

Esperanza de un Día Nuevo

Versículo clave: “Entonces respondió y me habló diciendo: Esta es palabra de Jehová a Zorobabel, que dice: No con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu, ha dicho Jehová de los ejércitos.”
— Zacarías 4:6

Escrituras Seleccionadas:
Hageo 2:20-23;
Zacarías 4:5-14

A MEDIDA QUE EL profeta Hageo se envejecía, su sucesor llegó a la escena para seguir dando el mensaje de Dios para la reconstrucción del templo del Señor. Zacarías era un hombre joven cuando regresó a Jerusalén de la cautividad

abilónica bajo el gobernador actual, Zorobabel. En nuestro versículo clave, junto con las palabras del versículo 9, escuchamos la declaración de Dios de que el templo sería completado por Zorobabel, pero no por su fuerza, ni la del monarca persa, ni por ninguna otra potestad terrenal. Las palabras de Zacarías eran claras de que la obra sería terminada por el espíritu de Dios mismo.

Las primeras palabras proféticas de Zacarías a Israel tenían que ver con el mal proceder de sus padres, que había conducido al desagrado y al castigo de Dios. (Zac. 1:1-6) Esas palabras, sin embargo, fueron seguidas por las palabras de consuelo a Jerusalén y la promesa de terminar la casa que habían comenzado: “Por tanto, así ha dicho Jehová: Yo me he vuelto a Jerusalén con misericordia; en ella será edificada mi casa, dice Jehová de los ejércitos, y la plomada será tendida sobre Jerusalén. Clama aún, diciendo: Así dice Jehová de los ejércitos: Aún rebosarán mis ciudades con la abundancia del bien, y aún consolará Jehová a Sion, y escogerá todavía a Jerusalén.” —vss. 16, 17

Zorobabel era un príncipe entre el pueblo y del linaje de David. Sí finalizó la reconstrucción del templo, como Dios había dicho, pero no estaba literalmente superior a la primera casa, como Hageo había profetizado. (Hag. 2:9) Claramente Dios estaba hablando de una casa antitípica que sería mayor, y esta casa se nos revela como el Cristo, cabeza y cuerpo, el templo espiritual de Dios. En Zacarías 4:1-4, el contexto de nuestro versículo clave, se nos describe un candelabro y dos árboles de olivo. Referencia a estos también se encuentra en Apocalipsis 11:4. Estas Escrituras también señalan un mayor templo espiritual que finalmente traerá el prometido día nuevo del reino del Mesías.

Notamos también la declaración profética de Hageo concerniente al trastorno del “trono de los reinos,” (Hag. 2:22) seguido por estas palabras: “En aquel día, dice Jehová de los ejércitos, te tomaré, oh Zorobabel hijo de Salatiel, siervo mío, dice Jehová, y te pondré como anillo de sellar; porque yo te escogí, dice Jehová de los ejércitos.” (vs. 23) La presentación de un anillo de sello indica gran poder y autoridad para el que lo llevaba. Durante la presente edad, es sólo a los seguidores asidos de Jesús que se da el “sello” de la promesa de filiación, que contiene esperanza de un día nuevo, y de ser parte del templo espiritual de los fieles hasta la muerte. “Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios. Pues no habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción, por el cual clamamos: ¡Abba, Padre! El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios. Y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, si es que padecemos juntamente con él, para que juntamente con él seamos glorificados.” — Rom. 8:14-17

El Espíritu de Dios fue, en efecto, el instrumento utilizado por Zorobabel. Del mismo modo, su Espíritu se pone en vigor para bendecir a todos en su reino, como todos los santos profetas habían anunciado: “Y después de esto derramaré mi Espíritu sobre toda carne.” (Joel 2:28) ¡Qué

privilegio para nosotros ver esta esperanza de un día nuevo!

Lección Nueve

Un Llamado a la Unidad

Versículo clave: “Os ruego, pues, hermanos, por el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que habléis todos una misma cosa, y que no haya entre vosotros divisiones, sino que estéis perfectamente unidos en una misma mente y en un mismo parecer.”
—1 Corintios 1:10

Escrituras Seleccionadas:
1 Corintios 1:1-10

pusieron de acuerdo para obedecer. Una vez más les recordó su amor y su cuidado por ellos diciendo, “Trabajad; porque yo estoy con vosotros, dice Jehová de los ejércitos. Según el pacto que hice con vosotros cuando salisteis de Egipto, así mi Espíritu

ENTRE LAS LECCIONES de la profecía de Hageo que hemos examinado este mes fue un llamado a la unidad entre su pueblo escogido. Dios llamó a Israel a trabajar y reconstruir el templo. Él les había recordado su promesa de cumplir con el pacto que había hecho con ellos y que se

estará en medio de vosotros, no temáis.” —Hag. 2:4, 5

El Señor había dicho también: “La gloria postrera de esta casa será mayor que la primera.” (vs. 9) Hageo había concluido su profecía al declarar que Dios “trastornaré el trono de los reinos, y destruiré la fuerza de los reinos de las naciones... porque yo te escogí, dice Jehová de los ejércitos.” —vss. 22,23

En todo esto hemos visto que Dios estaba hablando de un templo y un pueblo elegido superior a la nación de Israel y su templo literal. Teniendo en cuenta la dependencia que Israel debería haber tenido en los tratos de Dios con ellos a través de su pacto y su propósito final, el Apóstol Pablo dijo, “Antes que viniese la fe, estábamos confinados bajo la ley, encerrados para aquella fe que iba a ser revelada. De manera que la ley ha sido nuestro ayo, para llevarnos a Cristo, a fin de que fuésemos justificados por la fe.” (Gal. 3:23, 24) Israel debería haber sido unificado en su adoración a Dios como su pueblo escogido. Deberían haberse regocijado por saber que estaba tratando con ellos por encima de todas las naciones de la tierra, y por tanto tenía fe en él. “Vosotros sois los hijos de los profetas, y del pacto que Dios hizo con nuestros padres, diciendo a Abraham: En tu simiente serán benditas todas las familias de la tierra. A vosotros primeramente, Dios, habiendo levantado a su Hijo, lo envió para que os bendijese, a fin de que cada uno se convierta

de su maldad.” (Hechos 3:25, 26) Sin embargo, debido a la falta de fe, perdieron la oportunidad de ser el templo mayor: “A lo suyo vino [Jesús], y los suyos no le recibieron.” —Juan 1:11

Por el hecho de que Israel no cumplió con su pacto, y, luego rechazó a aquel que había sido enviado para liberarlos de la esclavitud, Dios se dirigió a los gentiles para la construcción del templo mayor que Hageo había profetizado. “A vosotros a la verdad era necesario que se os hablase primero la palabra de Dios; mas puesto que la deseáis, y no os juzgáis dignos de la vida eterna, he aquí, nos volvemos a los gentiles. Porque así nos ha mandado el Señor, diciendo: Te he puesto para luz de los gentiles, a fin de que seas para salvación hasta lo último de la tierra.” —Hechos 13:46, 47

Pablo dijo a los primeros cristianos judíos que las promesas relativas a la simiente espiritual de Abrahán se ofrecieron primero a Israel natural. Sin embargo, debido a una falta de fe ellos, como nación, rechazaron a su Mesías prometido, Jesús, que fue enviado para redimirles “de la maldición de la ley.” (Gal. 3:13-16) Este llamado ahora estaría abierto a las personas que comprenderían la simiente sin importar su nacionalidad y a pesar de cualquier falta de posición anterior delante de Dios. Pablo enfatiza este arreglo diciendo, “Porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús. Y si vosotros sois de Cristo, ciertamente linaje de Abraham sois, y herederos según la promesa.” (Gal. 3:28, 29

Aprendemos de las experiencias de Israel y ser unificados en nuestro servicio a Dios, humillados por estimar a los demás como superiores a nosotros mismos y vistiéndonos con la mente de Cristo. — Fil. 2:3-5



“LA ORGANIZACIÓN DE LA NUEVA CREACIÓN”

Parte V

La última parte de la promesa de nuestro Señor es ésta: “Él [el Espíritu Santo del Padre] os hará saber las cosas que habrán de venir.” Esto implica una inspiración especial de los apóstoles, y de manera indirecta la bendición y la iluminación del pueblo del Señor gracias a sus enseñanzas, hasta el mismo fin de la Edad actual. Así debían ser no sólo santos apóstoles, sino que profetas o videntes anunciando acontecimientos futuros a la Iglesia. No es necesario suponer que todos los apóstoles sirvieron del mismo grado en uno o en todos estos géneros de servicio. El hecho es que algunos fueron honrados más no sólo en privilegios de servicio como apóstoles, sino que también anunciando las cosas venideras. El apóstol Pablo señala diversas cosas venideras: la gran apostasía en la Iglesia; la revelación del “hombre del pecado”; el misterio tocante a la segunda venida del Señor y, a saber, que no todos dormiremos aunque todos debiéramos ser transformados; el misterio, oculto de todas las Edades y las dispensaciones del pasado que la Iglesia, incluso los Gentiles, sería coheredera de la promesa hecha a Abrahán al efecto que su

posteridad bendeciría a todas las familias de la tierra, etc. Él también señala que al fin de la Edad condiciones difíciles prevalecerán en la Iglesia, que los hombres serían “amadores de los deleites más que de Dios, que tendrán apariencia de piedad, pero negarán la eficacia de ella”; no respetando sus compromisos, etc. y que “lobos rapaces” (los agentes de la alta crítica destructiva) no perdonarán al rebaño del Señor. En realidad, todos los escritos del apóstol Pablo son brillantemente alumbrados por las visiones y las revelaciones que recibió en calidad de vidente, cosas que, en su tiempo, eran todavía futuras, que no se podía entonces explicar convenientemente sino que, ahora, son claras a los santos gracias a los tipos y gracias a las profecías del Antiguo Testamento; ellas son ahora comprensibles a la luz de las palabras de los apóstoles porque el “debido tiempo” ha llegado para comprenderlas.

El apóstol Pedro, también, como vidente, señala la llegada en la Iglesia de maestros falsos que, en privado, en secreto, introducirán herejías condenables, aun llegando a negar que el Señor les haya rescatado. Mirando hacia nuestra época, él profetiza, diciendo: “En los postreros días vendrán burladores. . . diciendo: ¿Dónde está la promesa de su advenimiento [la *presencia* de Cristo]?”, etc. También profetizó que “el día del Señor vendrá como ladrón en la noche”, etc.

El apóstol Santiago, también, profetiza acerca

del fin de la Edad presente, diciendo: “¡Vamos ahora, ricos! Llorad y aullad por las miserias que os vendrán. . . Habéis acumulado tesoros para los días postreros”, etc.

Sin embargo, el apóstol Juan fue el vidente, el profeta más notable de todos los apóstoles: sus visiones que constituyen el libro del Apocalipsis, describen de manera más notable, las cosas venideras.

LA INFALIBILIDAD APOSTÓLICA

De lo que precede, estamos plenamente justificados de creer que los apóstoles fueron tan bien guiados por el Señor por medio de su Espíritu Santo, que todas sus declaraciones públicas fueron hechas bajo la inspiración divina para la instrucción de la Iglesia, y no más infalibles que las de los profetas de la dispensación precedente. No obstante, aunque estando asegurados que su testimonio es verídico y que todas sus declaraciones hechas a la Iglesia tienen la aprobación divina, es bueno que examinemos con cuidado cinco diferentes circunstancias mencionadas en el Nuevo Testamento, que se considere habitualmente como contrario al pensamiento que los apóstoles no se equivocaron en sus enseñanzas. Vamos a examinarlos de cerca separadamente.

(1) La negación de Pedro antes de la crucifixión de nuestro Señor. Es indiscutible que

Pedro cometió una falta grave de la que se arrepintió más tarde sinceramente. Sin embargo, no debemos olvidar que esta transgresión, aunque cometida después de su selección como apóstol, fue antes de su unción por el Espíritu Santo en el Pentecostés, antes de ser investido por Dios como el apóstol en el sentido más completo. Además, la infalibilidad que reivindicamos para los apóstoles es la que tuvo relación con sus enseñanzas y con sus escritos *públicos*, y no con todos los incidentes y los detalles ínfimos de su vida. No hay duda que éstos fueron afectados por las taras de su vaso terrestre desfigurado por la caída en la cual todos los hijos de Adán han sufrido. Las palabras del Apóstol: “Tenemos este tesoro en vasos de barro”, se aplicaban evidentemente a sí mismo y a los otros apóstoles, tanto como a todos los miembros de la Iglesia que han recibido el Espíritu Santo. La parte que tenemos individualmente en la gran obra de reconciliación de nuestro Maestro, cubre estas debilidades de la carne que son contrarias a nuestros deseos como Nuevas Criaturas.

El encargo de los apóstoles para el servicio del Señor y de la Iglesia era totalmente independiente de las debilidades simples de la carne; se les confirió no porque eran hombres perfectos, sino más bien de su propia confesión eran “hombres teniendo las mismas pasiones” que nosotros (Hechos 14:15). Este encargo no les trajo la restauración, la perfección de su cuerpo mortal, sino

simplemente el nuevo entendimiento y el Espíritu Santo para guiarlos. El no devolvió sus pensamientos y sus acciones perfectas, sino que los gobernó simplemente de tal modo que las enseñanzas públicas de los doce son infalibles: ellos son la Palabra del Señor. Tal es el género de infalibilidad que reivindican los papas, a saber, que cuando el papa habla *ex-cáthedra* (u oficialmente), es dirigido por Dios y no se le permite equivocarse. Esta imposibilidad para los papas de equivocarse es reivindicada por ellos porque también aspiran a ser apóstoles; haciéndolo, ellos pasan bajo silencio y fingen ignorar el hecho que las Escrituras enseñan que hay sólo “doce apóstoles del Cordero”.

(2) En cierta ocasión, Pedro “disimuló”, fue culpable de duplicidad de espíritu (Gál. 2:11-14). Esto se apunta como una prueba de que los apóstoles no eran infalibles en su conducta. Convenimos en esto ya que los apóstoles mismos lo admitieron (Hechos 14:15), pero repetimos que no fue permitido que estas debilidades humanas perjudicaran su trabajo o su utilidad como apóstoles — los cuales “han predicado el evangelio por el Espíritu Santo enviado del cielo” (1 Ped. 1:12; Gál. 1:11, 12) no con sabiduría del hombre, sino con la sabiduría de arriba (1 Cor. 2:5-16). Este error cometido por Pedro, Dios lo corrigió prontamente sirviéndose del apóstol Pablo que, con bondad pero con firmeza, “le resistió cara a cara, porque era de

condenar” [Gál. 2:11]. Ambas epístolas de Pedro demuestran con abundancia que el apóstol Pedro aceptó de manera conveniente la lección y que supo vencer completamente esta debilidad con respecto a los judíos, de la preferencia que tenía por ellos; no encontramos en esto ningún indicio de incertidumbre acerca del tema, ni ninguna falta de fidelidad al Señor.

(3) Se pretende que los apóstoles esperaban que el segundo advenimiento del Señor llegara muy rápido, tal vez aun durante sus vidas, y que sobre este punto, se equivocaron en la doctrina, mostrando así como sus enseñanzas son indignas de fe. Respondemos que el Señor dejó a los apóstoles en la incertidumbre en cuanto al tiempo de la segunda venida y del establecimiento del Reino. Les dijo simplemente a ellos y a todos de velar con el fin de que cuando se presentara el acontecimiento, pudieran saberlo y no estar en las tinieblas respecto a este tema como lo será el mundo en general. Cuando, después de la resurrección del Señor, ellos le preguntaron acerca de este tema, les respondió: “No os toca a vosotros saber los tiempos o las sazones, que el Padre puso en su sola potestad” [Hechos 1:7]. ¿Deberíamos de criticar a los apóstoles en cuanto a un tema que, según el Señor, por un tiempo, debía quedar un secreto divino? Ciertamente que no. No obstante, sabemos que, guiados por el espíritu respecto a las “cosas venideras”, los apóstoles estaban muy circunspectos

hablando del tiempo del segundo advenimiento, y lejos de esperar este acontecimiento en sus vidas; sus palabras expresan lo contrario.

Por ejemplo, el apóstol Pedro declara distintamente que escribió sus epístolas para que su testimonio pudiera acompañar a la Iglesia después de su muerte, lo que prueba claramente que no esperaba a vivir hasta el establecimiento del Reino (2 Ped. 1:15). Cuando el apóstol Pablo declara que “el tiempo es corto”, no aspira fijar la duración. En realidad, al ser considerado desde el ángulo de una semana de siete días de mil años y el séptimo traería su Reino — más de cuatro sextos del tiempo de espera ya habían transcurrido, y el tiempo estaba avanzado. Hablamos exactamente de la misma manera a propósito de las cosas terrestres, cuando el jueves, decimos que la semana va a acabarse pronto. Pablo también habló del tiempo de su partida, declarando que estaba dispuesto a sacrificar su vida y también que la deseaba. Él indica que el día del Señor vendría como un ladrón en la noche. Él corrigió ciertas impresiones falsas respecto a este tema, diciendo: “. . . que no os dejéis mover fácilmente de vuestro modo de pensar, ni os conturbéis, ni por espíritu, ni por palabra, ni por carta como si fuera nuestra, en el sentido de que el día del Señor está cerca. Nadie os engañe en ninguna manera; porque no vendrá sin que antes venga la apostasía, y se manifieste el hombre de

pecado, el hijo de perdición” [2 Tes. 2:2, 3], etc.

“... ¿No os acordáis que cuando yo estaba todavía con vosotros, os decía esto? Y ahora vosotros sabéis lo que lo detiene, a fin de que a su debido tiempo se manifieste” [vs, 5, 6].

(4) Se objeta que Pablo quien escribió: “He aquí, yo Pablo os digo que si os circuncidáis, de nada os aprovechará Cristo” (Gál. 5:2), hizo circuncidar a Timoteo (Hechos 16:3). Y nos preguntan: haciéndolo, ¿no dio una enseñanza falsa, en contradicción con su propio testimonio? Respondemos: No. Timoteo era judío porque su madre era una judía (Hechos 16:1), y la circuncisión era, entre los judíos, una costumbre nacional que había comenzado *antes* de la Ley de Moisés y continuado después de que Cristo “anul[ó] el acta de los decretos [el Pacto de la Ley] que había contra nosotros, que nos era contraria, quitándola de en medio y clavándola en la cruz” [Col. 2:14]. La circuncisión fue dada a Abrahán y a su posteridad cuatrocientos treinta años antes de que la Ley fuera dada a Israel como nación en Sinaí. Pedro fue designado como el apóstol de la circuncisión (es decir, de los Judíos), y Pablo, el Apóstol de la incircuncisión (es decir, de los Gentiles). —Gál. 2:7, 8.

Su argumentación en Gal. 5:2 no se dirigía a los judíos. El Apóstol se dirigía a los Gentiles cuya única razón para desear (o aun para pensar en) la

circuncisión era que ciertos maestros falsos echaban confusión en sus mentes diciéndoles que debían observar el Pacto de la Ley *tanto como* aceptar a Cristo; así induciéndolos a descuidar el Pacto de la Gracia. Aquí, el Apóstol muestra que para ellos, circuncidarse (*por esta razón o por cualquier otra razón semejante*) significaría rechazar el Pacto de la Gracia, y por consiguiente, rechazar la obra entera de Cristo. Él no encontró nada para criticar a los judíos que mantenían su costumbre nacional de la circuncisión, así como lo prueban sus declaraciones en 1 Cor. 7:18, 19, tanto como su comportamiento con respecto a Timoteo. No es que fuera *necesario* para Timoteo o para cualquier otro judío circuncidarse, pero esto no era inconveniente, y además, como él iba a hacer una gran obra entre los judíos, esto sería a su ventaja, asegurándole la confianza de los judíos. No obstante, vemos la resistencia firme de Pablo sobre este tema, cuando algunos que habían comprendido mal la cosa, procuraron hacer circuncidar a Tito — un griego puro. —Gál. 2:3-5.

(5) La conducta de Pablo registrada en Hechos 21:20-26 sería, se dice, contraria a sus propias enseñanzas de la verdad, mostrando así que él es falible en cuanto a las doctrinas y las prácticas. Se pretende que es a causa de su mala manera de actuar en este caso que él debió sufrir tanto como preso, y que en fin de cuentas fue enviado a Roma. Sin

embargo, esta opinión no es sostenida por los hechos registrados en las Escrituras. Al contrario, el relato muestra que en toda esta experiencia Pablo recibió la simpatía y la aprobación de todos los demás apóstoles y, por encima de todo, el favor constante del Señor. Fue a petición de los otros apóstoles que había actuado como lo había hecho. Un profeta le había advertido, antes de que fuera a Jerusalén (Hechos 21:10-14) que los lazos y el encarcelamiento le esperaban allí, y estaba convencido de su deber que afrontó todas estas adversidades predichas. Y estuvo en el mismo seno de su prueba que “se le presentó el Señor y le dijo: “Ten ánimo, Pablo, pues como *has testificado de mí en Jerusalén*, así es necesario que testifiques también en Roma.” Más tarde, encontramos que el Señor le mostró su favor, así como leemos: “Porque esta noche ha estado conmigo el ángel del Dios de quien soy y a quien sirvo, diciendo: Pablo, no temas; es necesario que compares ante César; y he aquí, Dios te ha concedido todos los que navegan contigo.” —Hechos 23:11; 27:23, 24.

A causa de estos hechos, debemos procurar comprender la conducta de Pablo de acuerdo con la que siempre tenía, intrépida y noble, de estimar muy altamente la obra y el testimonio que Dios no sólo no desaprobó, sino que aprobó plenamente. Examinando después Hechos 21:21-27, observamos (versículo 21) que Pablo no había enseñado que los

conversos judíos no debían circuncidar a sus hijos, ni que rechazaba la ley de Moisés, sino más bien que la honraba señalando las realidades más grandes y más excelentes que la ley de Moisés tipificaba con tanta fuerza. Por consiguiente, bien lejos de rechazar a Moisés, él le honraba y honraba la Ley, diciendo: “De manera que la ley a la verdad es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno” [Rom. 7:12]; él mostraba que, por ella, *se entendía* mucho mejor cuán detestable es el pecado, que la Ley era tan grandiosa que ningún hombre imperfecto podía cumplirla perfectamente y que observándola, Cristo había ganado la recompensa ofrecida por ella y que ahora bajo el Pacto de la Gracia, él ofrecía la vida eterna y bendiciones como un don a los que eran *incapaces de guardar la ley*, pero que, por la fe, aceptaban para cubrir sus imperfecciones, su obediencia perfecta y su sacrificio perfecto, y se hacían sus discípulos en el camino de la justicia.

Ciertas ceremonias de la dispensación judaica, tales como los ayunos, la celebración de las lunas nuevas y de los días del sábado y de las fiestas — eran unos tipos de las verdades espirituales que pertenecían a la Edad Evangélica. El Apóstol muestra claramente que el Evangelio del Pacto de la Gracia no los impone ni no los prohíbe (la Cena del Señor y el Bautismo siendo las únicas órdenes de un carácter simbólico que se nos ordenan, y ellas,

siendo nuevas). —Col. 2:16, 17; Luc. 22:19; Mat. 28:19.

Uno de estos ritos simbólicos judíos, llamado “purificación”, fue observado por Pablo y los cuatro judíos en el caso que nos ocupa. Siendo judíos, ellos tenían el derecho de consagrarse no sólo a Dios, en Cristo, sino que también cumplir el símbolo de esta *purificación*. Y esto es lo que hicieron: los hombres que acompañaban a Pablo hicieron, además, el voto de humillarse delante del Señor y delante del pueblo afeitando su cabellera. Estas ceremonias simbólicas costaban algo, y los gastos constituían probablemente la “*ofrenda*” de dinero — tanto por cabeza, para cubrir los gastos del Templo.

El apóstol Pablo nunca les enseñó a los judíos que fueron *liberados* de la Ley, sino, al contrario, que la Ley dominaba a cada uno de ellos mientras vivían. No obstante, él mostró que si un judío aceptaba a Cristo, y “*moría con él*”, esto ajustaba las exigencias de la Ley sobre este judío, y hacía de él un *hombre libre* de Dios en Cristo (Rom. 7:1-4). Sin embargo, él enseñó bien a los conversos de entre los Gentiles que nunca habían sido sujetos al Pacto de la Ley judaica y que, para ellos, tratar de practicar las ceremonias y los ritos de la Ley judaica implicaría que tenían confianza en estos símbolos como su salvación, y que no se confían totalmente en el mérito del sacrificio de Cristo. En esto, él tuvo el asentimiento de todos los apóstoles. —Véase

Hechos 21:25; 15:20, 23-29.

Nuestra conclusión es que Dios se sirvió maravillosamente de los doce apóstoles, que hizo de ellos ministros muy capaces de su verdad, y que les guió de manera sobrenatural en los temas sobre los cuales escribieron. Así, nada de lo que era provechoso para el hombre de Dios no ha sido omitido, y en los mismos términos de sus escritos originales, Dios manifestó un cuidado y una sabiduría por encima de lo que aun los apóstoles mismos podían comprender. ¡Qué Dios sea alabado por esta base segura de nuestra fe!

LOS APÓSTOLES NO SON SEÑORES SOBRE LA HERENCIA DE DIOS

¿Debemos considerar, en cualquier sentido, a los apóstoles como *señores* en la Iglesia? o, en otras palabras: cuando el Señor y Jefe [o Cabeza —*Trad.*] de la Iglesia se fue, ¿tomó el lugar del Jefe uno de ellos? ¿O constituyeron juntos una cabeza compuesta (“composite”) para tomar su lugar así como las riendas del gobierno? O sea, ¿eran ellos, o uno u otro de ellos, los que los papas de Roma pretenden ser como sus sucesores: los vicarios o los sustitutos de Cristo para la Iglesia quien es su cuerpo?

Contra tal hipótesis, tenemos la exposición clara de Pablo (Ef. 4:4, 5) “hay un cuerpo” y “*un*

Señor”, y, en consecuencia, entre diversos miembros de este cuerpo, cualquier que pueda ser la importancia relativa de algunos de ellos, sólo debemos reconocer al *único Señor y Jefe* (Cabeza). Esto, el Señor también enseñó cuando, dirigiéndose a la muchedumbre y a sus discípulos, declaró: “Los escribas y los fariseos. . . aman. . . que los hombres los llamen: Rabí, Rabí. Pero vosotros no queráis que os llamen Rabí; porque uno es vuestro Maestro, el Cristo, y todos vosotros sois hermanos” (Mat. 23:1, 2, 6-8). Dirigiéndose a los apóstoles, Jesús dijo entonces: “Sabéis que los que son tenidos por gobernantes de las naciones se enseñorean de ellas, y sus grandes ejercen sobre ellas potestad. *Pero no será así entre vosotros*, sino que el que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor, y el que de vosotros quiera ser el primero, será siervo de todos. Porque el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos.” —Marcos 10:42-45.

No tenemos tampoco cualquier prueba que la Iglesia primitiva haya considerado alguna vez a los apóstoles como señores en la Iglesia, o que los apóstoles hayan asumido alguna vez a tal autoridad o dignidad. En realidad, su línea de conducta fue muy alejada de la idea que el papado se hace del señorío, y de la que se hacen los ministros a la vista en todas las sectas cristianas. Por ejemplo, Pedro nunca se llamó “el príncipe de los apóstoles” como

los papistas lo llaman; ni él, ni los otros apóstoles nunca atribuyeron a sí mismos títulos, ni recibieron jamás tal homenaje de la Iglesia. Cuando los apóstoles se dirigían a uno de ellos o hablaban de él, lo nombraban simplemente Pedro, Juan, Pablo, etc. o hasta hermano Pedro, hermano Juan, etc. y todos los miembros de la Iglesia también fueron saludados como hermanos y hermanas en Cristo (Véase Hechos 9:17; 21:20; Rom. 16:23; 1 Cor. 7:15; 8:11.; 2 Cor. 8:18; 2 Tes. 3:6, 15.; Filemón 7, 16). Aun está escrito que hasta el Señor mismo no tenía vergüenza de llamarles a todos “hermanos” (Heb. 2:11), tan lejos está él de toda actitud dominadora en la ejecución de su señorío o autoridad verdadera y reconocida.

Ninguno de estos grandes servidores de la Iglesia primitiva circulaba tampoco en vestidos de sacerdote, o con una cruz y un rosario, etc. mendigando la veneración y el homenaje de la gente, porque así como el Señor les había enseñado, los más grandes entre ellos eran los que servían más. Así, por ejemplo, cuando la persecución dispersó la Iglesia y la echó de Jerusalén, “los once” resistieron valientemente, queriendo quedarse allí cueste lo que cueste porque en este tiempo de prueba, la Iglesia, en el extranjero, les esperaba en Jerusalén, para recibir de ellos estímulo y ayuda. Si hubieran huido, toda la Iglesia habría sido consternada y golpeada de pánico. Así es como encontramos a Santiago pereciendo por la espada de

Herodes, Pedro, prometido con el mismo destino, encarcelado y encadenado a dos soldados (Hechos 12:1-6); Pablo y Silas, batidos con un gran número de golpes en el transcurso de su ministerio, luego encarcelados y puestos en grilletes, Pablo experimentando un “gran combate de padecimientos” (Hechos 16:23, 24; 2 Cor. 11:23-33). ¿Ponían ellos aires de señores y actuaban como señores? Ciertamente que no.

Pedro era muy explícito respecto a este tema cuando aconsejó a los ancianos de “apacentar *la grey de Dios*”. Él no dice *vuestro* rebaño, *vuestro* pueblo, *vuestra* iglesia como muchos ministros de culto lo dicen hoy, sino *el rebaño de Dios, no como señores* de la herencia, sino como modelos del rebaño, en humildad, en fidelidad, en celo y en piedad (1 Ped. 5:1-3). Y Pablo dice: “Porque según pienso, Dios nos ha exhibido a nosotros los apóstoles como postreros, como a sentenciados a muerte; pues hemos llegado a ser espectáculo al mundo, a los ángeles y a los hombres. Nosotros somos insensatos por amor de Cristo. . . nosotros [somos] despreciados. . . padecemos hambre, tenemos sed, estamos desnudos, somos abofeteados, y no tenemos morada fija. Nos fatigamos trabajando con nuestras propias manos; nos maldicen, y bendecimos; padecemos persecución, y la soportamos. Nos difaman, y rogamus; hemos venido a ser hasta ahora como la escoria del mundo, el desecho de todos” (1 Cor. 4:9-13). En todo esto,

ellos apenas se parecían a señores, ¿no es así? También, oponiéndose a la idea de algunos de los hermanos que parecían buscar la autoridad sobre la herencia de Dios, Pablo dijo con ironía: “Ya estáis saciados, ya estáis ricos, *sin nosotros* reináis”; pero luego, él aconseja el único camino derecho que es el de la humildad, diciendo. “Os ruego que me imitéis” en este respecto. Entonces dice: “Así, pues, téngannos los hombres por *servidores* de Cristo, y *administradores* de los misterios de Dios.” —1 Cor. 4:8, 16, 1.

El mismo Apóstol añade: “Según fuimos aprobados por Dios para que se nos confiase el evangelio, así hablamos; no como para agradar a los hombres, sino a Dios, que prueba nuestros corazones. Porque nunca usamos de palabras lisonjeras, como sabéis, ni encubrimos avaricia; Dios es testigo; ni buscamos gloria de los hombres; ni de vosotros, ni de otros, aunque podíamos seros carga como apóstoles de Cristo. Antes fuimos tiernos entre vosotros, como la nodriza que cuida con ternura a sus propios hijos.” (1 Tes. 2:4-7). Los apóstoles no lanzaron ni bulas, ni anatemas, sino en cambio encontramos en sus súplicas afectuosas algunas expresiones como éstas: “Siendo infamados, *rogamos*”; “Y te ruego a ti también, fiel compañero de yugo”. “NO reprendas al anciano, sino antes *exhórtale* como a padre.” —1 Cor. 4:13; Fil. 4:3; 1 Tim. 5:1. (*Versión Moderna*)

La Iglesia primitiva tenía, con razón, consideraciones por la piedad, el conocimiento espiritual superior y la sabiduría de los apóstoles; ella los consideraba como eran realmente, es decir, como embajadores especialmente escogidos por el Señor para ella, y los miembros de esta Iglesia se sentaban a sus pies como alumnos, no obstante, no con mentes que estaban vacías y no plantaban ninguna pregunta, sino al contrario dispuestas a probar los espíritus y su testimonio (1 Juan 4:1; 1 Tes. 5:21; Isaías 8:20). Enseñándoles, los apóstoles ordenaban esta actitud de espíritu que exigía una razón para su esperanza; ellos la animaban y ellos mismos estaban listos para satisfacerla, no con palabras seductoras de sabiduría humana (de filosofía o de conceptos humanos), sino por *una demostración de espíritu y de poder*, con el fin de que la fe de la Iglesia no descansase en la sabiduría de los hombres sino que en el poder de Dios (1 Cor. 2:4, 5). Los primeros cristianos no cultivaron en su lugar una veneración ciega y supersticiosa.

Leemos que los judíos de Berea “eran más nobles que los que estaban en Tesalónica, pues recibieron la palabra con toda solicitud, escudriñando cada día las Escrituras para ver si estas cosas eran así”. Fue el esfuerzo constante de los apóstoles de mostrar que el Evangelio que proclamaban era el mismo Evangelio que los antiguos profetas habían expresado de manera oscura, porque “a éstos se les reveló que no para sí

mismos, sino *para nosotros* [el cuerpo de Cristo], administraban las cosas que ahora os son anunciadas por los [los apóstoles] que os han predicado el evangelio por el Espíritu Santo enviado del cielo; cosas en las cuales anhelan mirar los ángeles” (1 Ped. 1:10-12). Los apóstoles demostraron que era el mismo Evangelio de vida y de inmortalidad puesto en evidencia por el Señor mismo; que su desarrollo más grande y todos los detalles particulares que revelaban a la Iglesia, bajo el conducto y la dirección del Espíritu Santo sea por revelaciones especiales, o sea por otros medios más naturales (los dos fueron empleados) eran el cumplimiento de la promesa hecha por el Señor a los apóstoles, y por su medio a la Iglesia entera: “Aún tengo *muchas cosas* que deciros, pero ahora no las podéis sobrellevar” [Juan 16:12].

Estaba bien para los bereanos escudriñar las Escrituras para ver si el testimonio de los apóstoles concordaba con el de la Ley y el de los profetas, y de compararlos también con las enseñanzas del Señor. Nuestro Señor también les exhortaba a verificar su testimonio por la Ley y los profetas, diciendo: “Escudriñad las Escrituras porque. . . ellas son las que dan testimonio de mí.” Todo el testimonio divino debe ser armonioso; sea que fuera dado por la Ley, los profetas, el Señor o los apóstoles. Su acuerdo completo es la prueba de su inspiración divina. ¡Gracias a Dios! encontramos que tal armonía existe, de modo que las Escrituras

del Antiguo y del Nuevo Testamento constituyen lo que el Señor mismo designa bajo el nombre del “arpa de Dios” (Apoc. 15:2). Los diversos testimonios de la Ley y de los profetas son en este arpa tantas cuerdas que, afinadas por el Espíritu Santo que vive en nuestro corazón, y punteadas por los dedos de los fervientes servidores e investigadores de la verdad divina, dejan oír las armonías más encantadoras que nunca hayan resonado en las orejas de un mortal. ¡Alabado sea el Señor por la suave melodía del “Cántico [bendito] de Moisés y del Cordero”, que aprendemos gracias al testimonio de sus santos apóstoles y profetas, de quienes el Señor Jesús es el jefe!

Sin embargo, si el testimonio del Señor y de los apóstoles debe estar en armonía con aquel de la Ley y de los profetas, debemos esperar también que demuestren cosas *nuevas*, tanto como *antiguas*, porque los profetas nos anunciaron que sería así (Mat. 13:35; Sal. 78:2; Deut. 18:15, 18; Dan. 12:9). Así, encontramos que ellos no sólo exponen las verdades escondidas de la profecía de antaño sino que también descubren nuevas revelaciones de la verdad.

(La siguiente parte del libro “La Nueva Creación” se publicará en la edición de julio-agosto de 2014)